

Nada, nada, nada

Guillermo Nagano Rojas
Síntesis Creativa

NADAR ES UN DEPORTE MUY COMPLETO y una habilidad indispensable para sobrevivir, así que estimado lector, nada de croll, de pecho, de dorso, de mariposa y según lo prefieras nada en un equipo de water polo o de nado sincronizado. Puedes nadar en relevos o combinando estilos y distancias de 50, 100, 200 m o más y si tienes las condiciones, tírate un clavado individual o sincronizado.

Practicar una actividad acuática recreativa o deportiva requiere fundamentalmente de agua apta para el contacto humano y una alberca, piscina, foso o estanque que la contenga, aunque también se puede practicar en mares, lagunas y ríos. Navegar en agua –no en la web– requiere además de una embarcación.

En los XXX Juegos Olímpicos que acabamos de ver, los deportes acuáticos, y en general todos los deportes, tuvieron una estrecha relación con los diseñadores; el trabajo de diseñadores de todo tipo estuvo plasmado desde lo más sencillo hasta lo más complejo, desde lo más discreto hasta lo más espectacular. Las controversias iniciales, más que en los propios deportes y deportistas, se relacionaban con la imagen de los equipos participantes y principalmente hacia el logotipo y la imagen gráfica de boletos, credenciales y uniformes: desde una medalla hasta un pebetero; desde una bahía de estacionamiento hasta una red de transportes y vialidades; desde un arreglo floral hasta la arquitectura de las instalaciones olímpicas y el reordenamiento urbano de Londres.

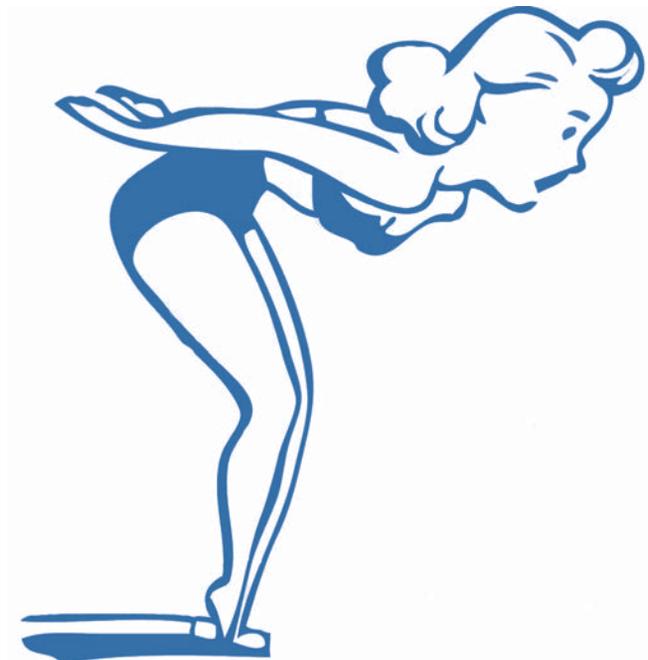
Para el caso de los deportes acuáticos, en la Ciudad de México y sus alrededores alguna vez fue posible, de forma libre y espontánea, nadar, remar o simplemente flotar en sus lagos, ríos, arroyos, estanques y canales, y aunque yo nunca me eché un clavado en el antiguo río de la Piedad, sé que, el hoy llamado simplemente “el viaducto”, permitió toda clase de actividades acuáticas hasta que el trazo de los urbanistas convirtió sus arbolados márgenes en carpetas de pavimento y entubó sus aguas, expulsando los organismos vivos que vivían en ellas: charales, ranas, serpientes de agua, libélulas, mosquitos y uno que otro arriesgado nadador.

Mientras los gobiernos de la Ciudad de México, desde la época colonial, sepultan ríos y canales, en las tiras cómicas y el cine se estimula, principalmente a los niños, a la práctica de la natación y los clavados: con *Buscando a Nemo*, *La sirenita*, *Aquaman*, etcétera, promueven el mundo acuático; todos son personajes fantásticos, aunque no tan fantásticos como lo es Tláloc, que hasta donde sé, no nada, pero bien que pone las albercas.

En los años treinta, gracias en parte a la interpretación del campeón olímpico de natación Johnny Weissmüller, del personaje de Edgar Rice Burroughs, Tarzán de los monos, la natación y los clavados recibieron un fuerte impulso como deporte y también como recreación. Asimismo, no hay cosa que complete más el estatus y la imagen de una madre moderna que llevar a sus hijos en una *van* a las clases de natación.

La esquizofrenia de la cultura del agua que padece la cuenca, empeñada, por un lado, en desecar y, por otro, en traer agua de cuencas lejanas, tiene también mucho que ver con el diseño. En la Ciudad de México la desaparición de los cuerpos de agua de libre acceso y la pérdida de espacios abiertos desalentaron la práctica rudimentaria de deportes acuáticos y también terrestres: clavados en estanques, natación en canales, equitación en burros, tiro al blanco utilizando arcos, flechas y resorterías sobre lagartijas, aves y roedores.

Otro predeporte que fue obligado a migrar a más alejados cuerpos de agua fue una especie de rappel gimnástico, utilizando una cuerda atada a la rama de algún árbol de los que entonces crecían en las riberas de ríos, arroyos y canales: Pirús (*Shinus molle*), ahuehetes (*Taxodium mucronatum*) y sauces (*Salix* babylónica) eran especies de árboles cuya resistencia a la fractura garantizaba cierto nivel de seguridad. El objetivo de la competencia era cruzar sobre el cauce balanceándose para después saltar de manera oportuna para alcanzar la otra ribera, cosa que, cuando ocurría, daba pie a aterrizajes que aun sin la limpieza con que se planta un gim-





nasta de medalla de oro eran motivo de satisfacción y aplauso. Ocasionalmente, se combinaba con un clavado en C con dos giros y medio y un elevado grado de dificultad para terminar con un sonoro y doloroso panzazo en el agua.

Intentando suplir y mejorar los antiguos cuerpos de agua, la capital vio nacer una zona de balnearios en los cuales los clavados y la natación, entre ellos el nado de perrito y el nado de rana (hoy estilo pecho), se pudieron practicar en una verdadera alberca de agua clara y clorada. A principios, o tal vez mediados del siglo xx en la salida de la carretera a Puebla, hoy Calzada Ignacio Zaragoza, existieron varios balnearios que contaban con albercas, salvavidas y hasta entrenadores: Las Américas, El Bahía, La Caldera, El Elba, algunos de ellos desaparecidos y otros que parece dejaron sucesores: El Balneario Olímpico o Deportivo 14 de Diciembre, ubicado en las calle Norte esquina con Avenida Central (eje 5 Oriente), a unas cuadas del metro Pantitlán, y el balneario Las Termas, que se encuentra ubicado en Avenida Central a media cuadra del Balneario Olímpico, en dirección a la Avenida Zaragoza. En otro nivel socioeconómico y de organización, también a principios del siglo xx, surgieron clubes deportivos con albercas formales y de medidas reglamentarias, como el Deportivo Chapultepec.

Lastimosamente, en una ciudad fundada sobre un lago, los deportes acuáticos no son accesibles a la mayoría de la población y aprender a nadar o practicar actividades acuáticas requiere de acceso a albercas públicas y cuerpos de agua. Si bien es cierto que existen más albercas, éstas son privadas o de paga o de funcionamiento temporal, como las playas que se instalan en los períodos vacacionales.

Por contraste, la Ciudad de México cuenta con varias albercas que son de llamar la atención: la alberca olímpica de Ciudad Universitaria, hasta hace unos cuantos años considerada la más grande del mundo sin techar, tiene dos tribunas para más de seis mil espectadores, ventanillas de observación para jueces y cámaras de tv en la fosa de clavados. La temperatura de sus 6.5 millones de litros de agua se mantiene entre los 27 y 28 grados centígrados. Planeada por los arquitectos Félix

T. Nuncio, Ignacio López Bancalari y Enrique Molinar, abrió por primera vez sus puertas en 1954, su planta semeja la forma de la República Mexicana.

Otra gran instalación, cubierta, es la Alberca Olímpica Francisco Márquez, construida para los Juegos de la XIX Olimpiada celebrada en la Ciudad de México, diseñada por los arquitectos Manuel Rossen Morrison, E. Gutiérrez Bringas, A. Recamier y J. Valverde. Con capacidad para 10 mil personas.

La efervescencia que provocan estos acontecimientos deportivos mundiales repercute en los diseños. En los Juegos Olímpicos de la Ciudad de México, los diseños estaban por todas partes: carteles, esculturas, transportes, publicaciones, estadios, alojamientos, *souvenirs*, joyería, moda, coreografías, museos, artesanías, calcomanías, banderolas y muchísimas cosas más.

Las Olimpiadas salpicaron a los que estudiábamos diseño. Tuve la oportunidad de participar como dibujante en uno de los proyectos que concursaron para el diseño de la alberca olímpica, que desafortunadamente no ganó. También, y como parte de mi servicio social, fui asignado, como muchos de mis compañeros de la carrera de arquitectura, para apoyar en los trabajos de construcción de instalaciones olímpicas.

Al final de México 68, en la ceremonia de clausura, al igual que ahora, todos los diseños fueron evaluados y cada quien otorgó a los diseñadores un lugar en la tabla de ganadores; aunque no se asignaron medallas, no dudo que hubo también grandes satisfacciones y frustraciones. Me pregunto si también se habrán establecido récords.

Antes cité el río de la Piedad como una referencia histórica que aglutinaba rudimentarias actividades deportivas y cuya transformación por urbanistas ingenieros y arquitectos, de acuerdo con las instrucciones de los políticos, fue un parte-aguas en la vida y características de la ciudad, donde los responsables del diseño de nuestra metrópoli cedieron al automóvil de manera contundente y tal vez sin medir las consecuencias, un camino de agua que soportaba, además de muchas manifestaciones de vida, la posibilidad de tirarse un clavado y nadar.

Si las medallas ganadas por Paola Espinosa, Alejandra Orozco, Laura Sánchez, Iván García y Germán Sánchez, representando a México, les estimulan a practicar los clavados, y las hazañas de Michael Phelps, la natación, y además, si se preguntan si algún día lo podrán hacer en la alberca de la UAM Xochimilco, yo sólo les puedo responder que de ese proyecto no sé nada, nada, nada. ▲

